

A QUEMARROPA

www.semananegra.org



GIJÓN, 8 de julio de 2014 • DIARIO DE LA SEMANA NEGRA • DECANO DE LA PRENSA NEGRA MUNDIAL • ÉPOCA XXVII • GRATUITO • Nº 5

UN MILLÓN DE GOTAS



**EL MUSEO DE
MONSTRUOS Y DEMENTES
DEL CAPITÁN SPAULDING**

Por Jesús Palacios
Página 6

□ Un año más, el pueblo de Gijón abarrota este festival, se sube a las atracciones, come gufras de chocolate con nata, compra el último libro de **William Gordon**, asiste al homenaje a **Vázquez Montalbán**. Es gracias a él, a esa cadena de mayorías absolutas de votos con los pies, que existimos, que sobrevivimos. Hoy no se presenta *Un millón de gotas*, espléndida novela de **Víctor del Árbol**, pero no hay mejor título que ése para acompañar esta fotografía de nuestro **Mori**: muchos individuos forman una masa, un único ser colectivo capaz de todo aquello que quiera proponerse, tanto como un millón de gotas forman un océano. Hoy **Taibo** presenta *Asturias 1934*, charlaremos con **Maurizio de Giovanni** y hablaremos de literatura negra latinoamericana.

**TODOS LOS CORTÁZAR,
CORTÁZAR**

Por Elia Barceló, Ariel Dorfman
y José Luis Argüelles
Páginas centrales

El recorte

por VÍCTOR MUIÑA FANO

El rastro del crimen

Los arquetipos son uno de los múltiples y profundos nexos que unen a periodistas y detectives: en ambos mundos puede encontrarse la oposición entre los sabuesos metódicos y los investigadores intuitivos; entre los vigilantes que esperan impertérritos a que algo suceda y los inquisidores intrépidos que alteran cualquier equilibrio. Pero, entre estos dos polos opuestos, ¿cómo cumple con su deber un detective gris?

Ese tipo de preguntas son las que uno deja de hacerse cuando su objetivo del día, el escritor chino **Qiu Xiaolong**, aparece de la nada con aire despistado en mitad del recinto de la Semana Negra. Algo tiene que esconder, te dicen tus entrañas, un escritor consagrado que aparece todos los días por el ferial derrochando amabilidad con todo el mundo. Lo más prudente, según el manual, es camuflarse entre los visitantes y seguir desde una distancia prudencial a las varias personas que a su vez le siguen a él para ver qué se trae entre manos. Vigilar todos y cada uno de sus sospechosos y confiados movimientos.

A las seis en punto, el sujeto aguardaba sentado junto a un traductor que le susurraba cosas al oído como si fuera su *consigliere* a que empezara su encuentro con los lectores en la Carpa Biblioasturias.com. Agradecía todas y cada una de las preguntas de los presentes con una escucha reverencia e, inmediatamente después, desgranaba respuestas precisas sobre corrupción, persecuciones políticas y cadáveres arrojados a alguno de los afluentes del Yangtsé. Los asistentes parecían encantados con aquel repentino noviazgo entre realidad y ficción mientras, a medida que se acercaba el final del acto, el aura de bondad de aquel creador de historias truculentas se hacía más y más pesada. Salí de allí dispuesto a seguirle la pista a cualquier precio.

Sin embargo, todo investigador ha de superar antes o después un punto de inflexión, un instante que cataliza o hace descarrilar desastrosamente su trabajo: el mío llegó cuando, a las 18.45, unos buenos amigos me ofrecieron tomar una caña en su compañía mientras mi objetivo firmaba libros a sus seguidores. Pagué la novatada come-

tiendo el peor error que un investigador puede cometer: olvidarse de que está investigando. Cuando quise darme cuenta, llevaba demasiado rato sentado de espaldas al tumulto que rodeaba al autor chino. Junto a la carpa no había ni rastro de Qiu Xiaolong y, por sencillo que pudiera parecer encontrarle dando vueltas por la Semana Negra, me resultó imposible. Busqué incluso en la carpa de la organización, en los baños y alrededor de las gufrerías. Había desaparecido.

Entonces, ¿qué tipo de investigador era yo? Pensé que, por eliminación, podía concluir que no era del tipo metódico, pulcro y paciente. Mi sistema tendría que ser, por tanto, no tener sistema, de modo que, decidido a sumergirme en los bajos fondos de la ciudad, tomé la arriesgada decisión de gastarme todos los bonos de comida que nos da la organización en una noche de desenfreno. Acababa de canjear el primer vale y de pedir que metieran mi cena en una caja para llevármela a casa cuando reconocí su figura al fondo del local.

¿Había estado jugando conmigo toda la tarde? ¿Iba siempre por delante de mí? Avancé ha-

cia su mesa consciente de que solo había una forma averiguar lo que quería saber y pregunté: «Señor Qiu, ¿qué le está pareciendo la Semana Negra?».

Durante un cuarto de hora, me habló de la impresión que le causaba ver a los niños corretear entre los estímulos de luz y sonido que inundan la Semana Negra y afirmó estar seguro de que, entre carrera y carrera, antes o después, repararían en los libros; reflexionó sobre las peculiaridades de Gijón; y me explicó lo complejo que le resultaba traducir sus propios textos del inglés al chino. Sin embargo, mientras le escuchaba, me di cuenta de que a lo largo de la tarde ya había extraído una conclusión sobre Qiu Xiaolong: quizá, después de todo, es un tipo que no trama nada raro. Puede que, simplemente, sea una buena persona que vive de su capacidad para pensar como quienes no lo son; de las ideas que, como a todos, le acosan por las noches. Quizá la diferencia es que tiene el talento de moldearlas hasta convertirlas en historias donde los demás reconocemos nuestras propias miserias.



AYER, EN LA CARPA BIBLIOASTURIAS.COM...

...hubo cuentacuentos, charlamos largo y tendido con **Qiu Xiaolong**, conocimos cómo se puso en marcha la iniciativa *Ludotecas Mauitia* en el entorno rural de Nicaragua, descubrimos a la editorial Satori y *La pantasma de los relós qu'atrasen*, de **Rubén Sánchez Antuña**, y disfrutamos de un fantástico recital de poesía y de una timba poética a cargo del Espacio Cultural La Manzorga.



ASOCIACIÓN SEMANA NEGRA

Presidente: Susana Quirós
Tesorero: Ceferino Menéndez

Director del Comité Organizador SN:
José Luis Paraja

A QUEMARROPA

Dirección: Pablo Batalla Cueto

Redacción: Christian Bartsch
Víctor Muñia Fano

Colaboradores: Ángel de la Calle
Elia Barceló
Ariel Dorfman
José Luis Argüelles
Jesús Palacios
Javier Cayado Valdés
Eduardo Morales

Fotografía: José Luis Morilla

Preimpresión: Morilla Fotocomposición
Imprime: Imprinta Mercantil

FULGOR DE UN CATALÁN FARFULLANTE

La Semana Negra se celebra en Gijón y no en Barcelona gracias, paradójicamente, a un barcelonés muy barcelonés: **Manuel Vázquez Montalbán**, de cuya muerte se cumplieron diez años el octubre pasado. **Paco Ignacio Taibo** lo explicó ayer en una mesa redonda de homenaje al «escritor español más importante del final del siglo pasado», en palabras del propio Taibo. La cosa se remonta a mediados de los ochenta, cuando en la Asociación Internacional de Escritores Policiacos surge la idea de montar un gran festival sobre novela negra en España. Todos acuerdan hacerlo en Barcelona, pero **Vicente Álvarez Areces**, por entonces alcalde de esta ciudad, insiste a Taibo, con quien se encuentra unos días después, en que el festival debe hacerse en Gijón. Cuando Taibo lo propone a sus colegas, Vázquez Montalbán le apoya sin fisuras por una prosaica razón: que el cordero a la estaca es mejor en Gijón que en Barcelona. Casi tres decenios después, aquí seguimos, a la vera del mar Cantábrico.

Taibó, que afirmó que prefiere «a Vázquez Montalbán cuando se equivoca que a cualquier otro novelista» desgranó decenas de otras anécdotas. Dijo de él que era tímido, que hablaba un castellano farfullante a ratos incomprensible y que tenía un sentido del humor muy parecido al asturiano, que describió como «jodedor». Recordó, por ejemplo, que comiendo una vez con él en un restaurante de postín de Las Ramblas —comer con Montalbán, explicó PIT, «era la hostia, un espectáculo»—, a Taibo, «proletario en los gustos» y amante de la Coca-Cola, le extrañó encontrarse, en aquel lugar pijo (en el cual «el cocinero, el dueño, la mamá del dueño y el primo de la mamá del dueño» habían tendido poco menos que una alfombra roja a «Don Manuel», temido crítico gastronómico), una botella de esa bebida en su mesa, y le extrañó más aún que le trajesen otra cuando acabó la primera, y otra más cuando acabó la segunda, y que pareciese que no las traían del almacén, sino que entrasen con cada botella por la puerta princi-

pal. Sólo más tarde se enteró de que Vázquez Montalbán había advertido a los dueños del restaurante que aquel tipo regordete de bigote era un amigo suyo, un gran escritor que, sin embargo, estaba «absolutamente loco», que acababa de salir de un psiquiátrico y se volvía agresivo y las armaba muy gordas si no le servían Coca-Cola. Aquellos tipos, así atemorizados, iban raudos a comprar las botellas al bar de enfrente.

Para su biógrafo, **José V. Saval**, también presente en la mesa, Vázquez Montalbán, que «fue sobre todo periodista y poeta, aunque la novela negra española no existiese hasta que llegó él», fue un «intelectual total». Para Taibo, Montalbán, que era «muy rojo», fue «el fulgor literario y político de este país» y un modelo de intelectual que «piensa, escribe, cuenta y se relaciona con la sociedad», que lo tocaba todo y que

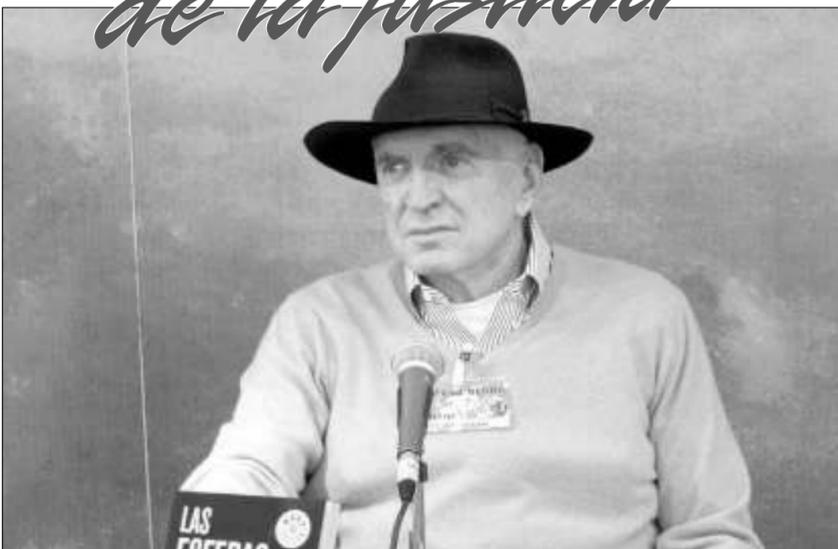
tenía opiniones de las cosas más exóticas. Si se hablaba del comunismo búlgaro, contó Taibo, uno sólo tenía una vaga opinión de rechazo, pero Vázquez Montalbán se sabía «todos los conflictos internos y los nombres del secretario general y de todos los miembros del Comité Central». Tenía, sin embargo, «el peor estilo de trabajo»: firmaba contratos de libros que sabía que no tenía tiempo de hacer, sólo por el gusto de que le presionasen. «He descubierto», dijo Taibo que dijo Montalbán, «que soy vago, que sólo soy capaz de trabajar bajo una presión inmensa».

Taibo recordó, también, una frase de su amigo: «Si algún sentido tiene hacer literatura de género es llevarlo hasta el límite y violentarlos». Y una reflexión sobre literatura: la clave no es lo real, sino lo creíble. Si en una novela aparece un ángel volando, debe hacerse de tal modo que el lector no se pregunte si los ángeles existen, sino si tienen alitas más pequeñas en el culo para doblar las esquinas.

Roberto Arenas



LA PODREDUMBRE de la justicia



«La Corte Suprema es una corte de mierda». **William Gordon** es un tipo tranquilo y afable, casi siempre sonriente, pero frunce el ceño y es capaz de pronunciar exabruptos como ése cuando habla de la Justicia de su país. Ayer presentó en la Carpa del Encuentro *Las esferas del poder*, su quinto libro, nuevamente ambientado en el San Francisco de principios de los sesenta y en el cual recupera a su detective Samuel Hamilton, que en este caso debe investigar unos extraños sucesos ocurridos en Chinatown —la muerte inesperada de veintinueve ancianos del barrio— que parecen relacionados con la severa intoxicación de dos hermanos trabajadores de Conklin Chemical mientras limpian un contenedor. Pronto, Hamilton se da cuenta de que el asunto tiene que ver con una compleja trama de corrupción en el poder judicial.

La historia está basada en un caso real que tuvo que afrontar el propio Gordon, que fue abogado antes que escritor y se especializó en defender a hispanos sin papeles explotados por multinacionales, recordó ayer el caso reciente de un preso que fue liberado en Texas después de veinticinco años en la cárcel, tras descubrirse que en su día fue encarcelado después de que la policía modificase las pruebas del caso deliberadamente. Con sus novelas, Gordon, según dijo, trata de «despertar a la gente» respecto a las injusticias que existen en su país, donde los

empresarios nombran a los jueces y diseñan las leyes según su conveniencia.

Marcelo Luján, que introdujo al escritor norteamericano, declaró que lo que más le sorprendió de la novela de Gordon fue encontrar que «cuarenta años después, encontramos las mismas condiciones en la civilización occidental: injusticia social, desigualdad laboral, xenofobia y, en suma, la explotación del hombre por el hombre». Ésa, dijo, «es la gran negrura de esta novela negra», que refleja «unas fisuras y una podredumbre en ese poder que es un bastión de la democracia, en un país central, que asustan en Europa».

En un turno de preguntas abierto al público, sorprendentemente numeroso para tratarse de la primera charla de la tarde, la escritora **Carmen Moreno** alabó los personajes de *Las esferas del poder* como «muy de carne y hueso, muy reales». Interrogado por otra persona entre el público acerca de por qué escribir ahora sobre algo sucedido en 1963, Gordon afirmó que «sabía cuando era joven que no escribiría hasta los sesenta», como así sucedió. La primera novela de Gordon, ya septuagenario, fue *Duelo en Chinatown* (2006).

Misteriosamente, Gordon también declaró como uno de sus propósitos para escribir «que los chinos no conquisten el mundo».

Edmundo Shtrum

FUSILAR A UN FONTANERO

En el debate celebrado ayer en torno a la responsabilidad social de los escritores de novela negra, al final, hubo poco debate: **Ernesto Mallo, Gabi Cabezón, Javier Díez Carmona, Paco Gómez Escribano y Miguel Ángel Molfino** estuvieron más o menos de acuerdo en que la responsabilidad del escritor, como dijo Cabezón, «es la misma que la del fontanero o la del quiosquero»: «intentar que con nuestro trabajo», dijo Díez Carmona, «los de al lado puedan mejorar». Gabi Cabezón habló también de la libertad creativa del autor. «Si cuentas una novela negra desde la perspectiva del victimario en lugar de la de la víctima, ¿eres irresponsable? Si no lo haces, ¿no te conviertes en una especie de funcionario del Ministerio de Igualdad?».

El debate había comenzado con una intervención de su moderador, Ernesto Mallo, que introdujo la cuestión —que relacionó con la vieja idea del «escritor comprometido»— afirmando que vivimos tiempos en los cuales «los Estados abdican cada día de su deber hacia los ciudadanos» y «la responsabilidad social de las empresas se ha convertido en una gerencia de marketing».

Paco Gómez Escribano prefiere hablar de «influencia» antes que de responsabilidad: si los escritores no tuvieran ninguna, dijo, los dictadores no quemarían libros. «Hay escritores», dijo, «que han provocado revoluciones». Uno

escribe, afirmó, sobre lo que le conmueve, «y el retrato social es inevitable». El autor de *Yonqui* recordó también algo que afirma **Juan Madrid**: sólo hay dos tipos de escritores, los que creen en el sistema y los que no creen en el sistema.

Para Miguel Ángel Molfino, el único deber de un escritor es «escribir lo mejor que pueda» y «el compromiso es una opción, no un deber». Parfraseando *El Eternauta* de **Oesterheld**, afirmó que no existen los seres individuales, sino que éstos están incrustados en una épica colectiva, por lo cual la responsabilidad debe ser exigida en términos colectivos y no individuales. Molfino recordó, asimismo, una anécdota histórica relacionada con **Jean Paul Sartre** y el escritor francés **Louis-Ferdinand Céline**. Céline, en la segunda guerra mundial, fue capturado por los maquis, acusado de colaboracionista del régimen de Vichy. Iba a ser fusilado, pero Sartre, que estaba en la Resistencia, detuvo la ejecución bramando que bajo ningún concepto se podía matar a alguien que escribió *Viaje al fin de la noche*. «El escritor», quería decir Molfino, «tiene que escribir, y si quiere militar, que milite, pero no es una obligación». Gabi Cabezón respondió a Molfino que «si un escritor, por mucho que lo sea de *Viaje al fin de la noche*, ha cometido una atrocidad por la cual fusilarían a un fontanero, debe ser fusilado».

Edmundo Shtrum





En este año 2014, **Julio Cortázar** habría cumplido cien, pero la mala suerte hizo que no llegara siquiera a cumplir setenta y por eso llevamos treinta años sin él, sin su voz, sin su curiosa forma de ver el mundo, sin su sentido del humor, sin su aliento fantástico.

No le va mucho esto de los homenajes a un hombre como Cortázar, que se reía de «la Gran Costumbre» de los regalos de cumpleaños —«el reloj, que los cumplas muy felices y esperamos que te dure porque es de buena marca, suizo con áncora de rubies»—, de los famas, tan serios y solemnes, él, que era un grandísimo cronopio. Le habría gustado más, creo yo, que se celebraran los noventa y un años y medio de su nacimiento, o los ciento dos y cuatro meses, pero las cosas son como son y a todo el mundo le hacen ilusión las cifras redondas. Ya decía Julio que «la coherencia es algo que siempre alegra, vaya usted a saber por qué».

Pero, dejando aparte la conveniencia de celebrar esa fecha precisamente, lo que sí hay que celebrar es que Julio Cortázar haya existido y nos haya dejado tantas palabras para consolarnos de su ausencia. De modo que tomo la palabra para hablar de él, del escritor a quien yo considero mi maestro en este difícil arte.

«Cuando el catedrático doctor Lastra tomó la palabra, ésta le zampó un mordisco de los que te dejan la mano hecha moco». Así comienza el texto de Julio Cortázar llamado «Pida la palabra, pero tenga cuidado», que encontramos en ese delicioso libro absolutamente inclasificable llamado *Último round* (1969). Y ahí, en esas apenas dos líneas, tenemos ya mucho de lo que hace que Julio sea uno de los mayores escritores del siglo XX, aunque no haya recibido un premio Nobel, ni prácticamente ningún otro galardón literario, salvo el Médicis Étranger de 1974 por el *Libro de Manuel*.

En esas dos líneas tenemos ingenio, humor, una fantasía desbordante, una manera única de ver la realidad de todos los días y una clara, ardiente, preocupación por el lenguaje. No se puede pedir más.

Mucho antes de que me despidiera para siempre de **Julio Cortázar** me había dado cuenta, para mi asombro y pesar, de que él no era inmortal.

Le hablé por última vez desde Estados Unidos en enero de 1984, cuando pensé que iba a poder visitarlo en París dentro de poco, reunión que no se concretó porque tuve que cancelar ese viaje debido a que mi hijo mayor, Rodrigo, se rompió una pierna. Pero alcancé a hablar con Julio en esa ocasión —sobre su estadía reciente en Nicaragua, sobre la fatiga que lo acosaba, sobre cuánto echaba de menos a su querida Carol. Y también sobre los preparativos que hacíamos con mi mujer, Angélica, para retornar al peligroso Chile de **Pinochet**—. Me pidió que tuviéramos cuidado, como si la muerte nos rondara a nosotros y no a él. Unas semanas más tarde, su fallecimiento impidió que nos diéramos el abrazo que nos habíamos prometido.

La verdadera despedida, sin embargo, el momento en que tuve la revelación de que no lo tendríamos siempre con nosotros en esta tierra, ocurrió varios años antes de esa conversación telefónica final, en una tarde soleada de agosto de 1980, en medio del agua del Pacífico, varios kilómetros mar adentro de la bahía mexicana de Zihuatanejo.

Cortázar había arrendado una casa en aquella playa, para veranear con Carol y el hijo de ella, Stéphane. Por nuestra parte, con mi familia habíamos tomado unas habitaciones en un hotel cercano, puesto que mis padres se nos habían unido para esas vacaciones. Mi mamá, que me había obsequiado *Bestiario* cuando yo rayaba los

Mi experiencia me dice que los lectores de verdad, ésos que van de una página a otra como si fueran atareadas y gozosas abejas en busca de una promesa o de un néctar, no sé, tienen a **Julio Cortázar** por un amigo invulnerable a las canas y las modas. Está siempre ahí: en la biblioteca o en los recodos de la memoria para recordarnos que la literatura es el feliz milagro de una música hablándonos de la vida. A otros escritores de fuste los admiramos o comentamos con gratitud; de él y de muy pocos más nos sentimos también cómplices, en el sentido de que toda su escritura rezuma una pulsión de solidaria camaradería con la que apela directamente, como si fuera el más lúcido y el más generoso de nuestros amigos, a la inteligencia y al corazón. Aunque la comparación es facilona y por eso mismo siento ya la amonestación —la suya, allá donde esté, y la de ustedes—, no me resisto a comparar su obra con la de uno de esos cronopios (el Gran Cronopio, sin duda) que pinta una golondrina en el caparazón («redonda pizarra», describió) de las tortugas.

Cada lector de Cortázar sabe las razones de esa complicidad: cuál fue el primer libro que cayó en sus manos, los cuentos que prefiere o las veces que frecuentó los capítulos de *Rayuela* para encontrarse de nuevo con La Maga y con las inquietudes, que también son más o menos las nuestras, de ese tipo al que él llamó Horacio Oliveira. Hablo así porque, como sucede con todos los autores que reclaman para lo suyo esa camaradería cordial e intelectual, no admite tibios: o se ama el ritmo del jazz de su

Julio Cortázar, argentino nacido por casualidad en Bruselas un mes después de que comenzara la primera guerra mundial, y que vivió la mitad de su vida adulta en París, ha alcanzado la fama literaria sobre todo por sus espléndidos relatos fantásticos, pero a lo largo de sus casi setenta años de existencia escribió también novelas, poesía, prosa poética, artículos periodísticos, cientos de cartas y una multitud de textos de difícil clasificación que quizá hoy llamaríamos microrrelatos, o quizá no.

Pocos escritores hay en el siglo XX que recojan con tanto tino las preocupaciones existenciales de la humanidad, especialmente en esas décadas tras el final de la segunda guerra mundial marcadas tanto por la guerra fría y las terribles dictaduras latinoamericanas como por los grandes movimientos de liberación política, social, sexual, etcétera, surgidos a partir del impulso de la guerra de Vietnam, el movimiento feminista, el *flower power* y el mayo del 68.

Julio comienza su andadura literaria como poeta, con un librito firmado aún con el pseudónimo de Julio Denis —que no volverá a utilizar—, pero pronto empieza a producir unos cuentos tan diferentes a todo, tan extraños, tan lúcidos, que se convertirán en su marca de fábrica y dejarán una impronta indeleble en el género fantástico.

Alimentados por los simbolistas franceses, por **Jean Cocteau**, y por el gran **Edgar Allan Poe**, a quien Cortázar tradujo, sus relatos nos muestran el mundo de todos los días, el mundo que creemos conocer, invadido de pronto por cosas que nos descolocan, que nos inquietan, que nos muestran con claridad que esta realidad es sólo un tenue velo que recubre algo terrible. Y que ese velo tiene agujeros —muchos— por los que uno puede caerse en cualquier momento sin posibilidad de regreso.

No se trata de cuentos góticos ni terroríficos al uso. No abundan los monstruos ni los fantasmas tradicionales en sus relatos (aunque hay uno realmente terrible en «Las armas secretas»), pero hay siempre sucesos que nos demuestran que la realidad es porosa e inestable: hay pa-

diecisiete años, insistiendo en que era un libro enigmático y señero que yo gozaría en forma particular (¡y vaya si tenía razón!), estaba emocionada de conocer por fin a uno de los autores que más admiraba. Recuerdo que, con la candidez que siempre le caracterizaba, le confesé a Julio en un almuerzo al que él nos convidó (y donde cocinó un pescado exquisito) que ella se sentía incómoda departiendo con él porque se estimaba un cronopio insuficiente.

—Ocurre —le dijo a Cortázar, medio abochornado— que yo enrolló la pasta dentífrica de abajo hacia arriba, en forma muy burguesa y demasiado racional y occidental. Julio, con esa ternura inmensa y un sentido del humor parecido al de mi madre, le aseguró que solo un cronopio hecho y derecho podría plantearse semejante dilema. Y que, por lo tanto, con toda solemnidad le daba la bienvenida al club de los cronopios.

Durante esos días, hablé mucho con Cortázar sobre cómo las dictaduras de América latina habían influido en nuestra literatura (acabábamos de ser jurados en un concurso sobre militarismo en el continente, junto a **Gabo** y **Julio Scherer** y **Pablo González Casanova**, entre otros), pero también sobre temas menos contingentes, como la obra de **Roberto Arlt**, cuyas obras completas Cortázar estaba leyendo por primera vez en décadas, para escribir el prólogo de una nueva edición.

De lo que no hablamos, estoy seguro, fue de la vejez o de la muerte, las que, no obstante, iban a manifes-

prosa de poeta, que es lo que sostiene la estructura de sus ficciones y el perfil de sus personajes, o se le detesta por llevar sus juegos de manos hasta un virtuosismo en el que se adunan la exacta técnica de **Borges** y la callejera mirada de **Roberto Arlt**.

Sería sin duda el mejor representante del «grupo de Floredo» si no fuera porque esa rara síntesis entre las maneras y preocupaciones de los escritores adscritos a las filas de Florida y a las de Boedo, rivales para los historiadores de la literatura argentina, sólo ha existido como una feliz invención de un **Ramón Gómez de la Serna**, que ironizaba sobre las disputas literarias bonaerenses. En ese maravilloso libro que es *Los nuestros*, el chileno **Luis Harrs** retrató así a Cortázar: «Hay un niño deslumbrado en su mirada, prodigioso e inquietante. Es el niño padre del hombre que ha hecho un arte y una disciplina de la incongruencia serial y del pensamiento aleatorio».

Soy, por supuesto, de los lectores que vuelven siempre a Cortázar. El tiempo no ha hecho más que afianzar esa relación cómplice. Una amiga me dejó un libro del escritor cuando yo tenía quince años (los cuentos de Octaedro) y desde entonces es raro el año que no regreso, al menos por unas tardes, a alguna de sus historias. Todo lo que se ha ido publicando tras su fallecimiento (murió el 12 de febrero de 1984 en París, a los 69 años) es, claro, un regalo: desde sus títulos juveniles hasta *Papeles ines-*

PALABRAS

ELIA BA

sajes entre tiempos distintos, entre lugares diferentes; hay personajes que son invadidos y expulsados de sí mismos por otros; hay un traductor que, de golpe y sin saber por qué, empieza a vomitar conejitos vivos; hay un paso fluido entre la ficción y la realidad, de manera que el asesino de una novela puede salir a la vida cotidiana a matar al lector de esa novela mientras nosotros lo leemos.

Cuando algunos de sus relatos fueron traducidos por primera vez al inglés y publicados en Estados Unidos, un prestigioso crítico que, evidentemente, no se había enterado de nada, tituló su reseña. «Weird people doing odd things» («Gente extraña haciendo cosas raras»), y, aunque él lo decía despectivamente, sí tenía algo de razón en cuanto a la sensación que sus cuentos producen en el lector: esa sensación de que hay algo más allá, algo que no vemos, que sólo notamos por el rabillo del ojo y que, en cuanto nos descuidemos, va a destruir nuestra vida, nuestras seguridades, nuestra cordura, nuestro futuro.

Sus relatos cumplen lo que el mismo Cortázar decía, en general, de la impresión que causan los grandes cuentos, tanto si son fantásticos como de otro género: «dejan cicatrices en el lector que los merece». Son inolvidables. Una vez leídos, siguen agitando en tu interior, como si te hubieras tragado algo vivo que coletea.

Pero no son los cuentos fantásticos lo único que le debemos a Julio. También escribió una de las grandes novelas del siglo XX, de las más originales y atrevidas aunque —en mi opinión— no haya envejecido tan bien como otros textos suyos: *Rayuela*, publicada en 1963 y

LA ETERNA NALG

ARIEL D

tarse inesperadamente durante una excursión en bote que Julio había organizado para que él y Stéphane salieran a pescar, invitándome a mí y a Rodrigo para que nos acopláramos a la aventura.

Fue una jornada de sol espléndido, donde los jóvenes aprendieron diversas estrategias para extraer peces de las olas y los dos adultos dedicamos las horas a sumergirnos en **Conrad** y **Stevenson**, **Hemingway** y **Jack London** y **Rudyard Kipling**, comentando cómo el mar era tan frecuentemente en la literatura de habla inglesa un escenario predilecto para pasar de la mocedad a la madurez, cosa que rara vez sucedía en España o América latina.

Antes de almorzar a bordo, cuando el sol pegaba con más encarnizamiento, los cuatro navegantes nos pusimos a nadar en torno al barco. Después de un rato, Julio anunció que estaba cansado. Cuando volvimos a la nave, Rodrigo y Stéphane, dando alaridos de alegría, se encaramaron con la agilidad de unos monos, conducta que no imitamos ni Cortázar ni yo.

EL PREGUNTÓN A QUIEN

JOSÉ LUIS

perados o el reciente volumen en el que se transcriben las clases de literatura que dio en Berkeley en 1980. En él encuentro un modelo armado, en la acepción de «concertado», de lo que ha de ser un escritor: alguien que renueva en cada línea el compromiso con el cuestionamiento de su idioma, en este caso el español, sin dejar de preguntarse al mismo tiempo por la compleja realidad, incluido el contexto histórico, como demostró con su apoyo a las luchas revolucionarias latinoamericanas y con su crítica al imperialismo estadounidense.

Digámoslo de una vez: Julio Cortázar es un preguntón que sabe transmitir, con palabras que aciertan con su propio hilo rítmico (eso que él, un enamorado del jazz, llamaría *swing*), la interrogación con que todo joven se enfrenta a la vida. Fue por eso hasta su muerte uno de los escritores más tersos a este y al otro lado del Atlántico. Los primeros relatos que publicó, alguno con el apoyo de

todos los Cortázar

S Y JULIO

ARCELÓ

que contribuyó a hacer estallar el llamado *boom* de los narradores latinoamericanos. Una novela lúdica, lúcida, intensa, estructurada en cortos capítulos que el lector puede recorrer a su arbitrio precisamente como en el juego de la rayuela, saltando de un lado a otro a voluntad hasta desembocar en el cielo o en el infierno.

También habría que resaltar otra de sus facetas (aunque las facetas en Cortázar son como las caras de un mismo poliedro), la más lúdica, la más «loca», la que lo llevó a escribir *Historias de cronopios y de famas*, un librito de pequeños relatos, o más bien viñetas, en las que poco a poco va perfilándose nuestra sociedad, dividida en tres tipos de personas: los cronopios, los famas y las esperanzas, que vienen a representar, en términos generales, a los buenos burgueses (los famas), los antisistema (los cronopios) y los «no sabe, no contesta», que serían las esperanzas.

Ni que decir tiene que todos los enamorados de Cortázar estamos claramente en el bando de los cronopios a pesar de que sabemos que, tanto en la vida como en los relatos, los cronopios —caóticos, optimistas, simpatiquísimos y buena gente— suelen salir trasquilados.

Por sí poemas, cuentos, novelas y alegorías satíricas no fueran bastante, hay también un Julio Cortázar que a mitad de su vida adulta descubre la política y se da cuenta, casi de golpe, de que un escritor, sin dejar de ser un artista comprometido sólo con su arte, puede también perfectamente comprometerse con una lucha, con un ideal político y, sin renunciar a un ápice de sus exigencias

literarias, empezar a hacer unos textos igual de fantásticos, igual de originales que antes, pero donde se desvelen las injusticias, los atropellos, las «desapariciones» y torturas que están teniendo lugar en su país de origen — Argentina bajo la dictadura de los generales y la guerra sucia— y en otros países de Centroamérica y Sudamérica. Así surge el libro de relatos *Ahí y ahora*, que contiene algunos de los más potentes que Cortázar escribió en su vida. Cuentos como «Segunda vez» y «Recortes de prensa».

De esa vena política surge también el *Libro de Manuel* (1973), un libro híbrido de novela y periodismo, escrito a contrarreloj, en el que se denuncia la represión político-militar en varios países latinoamericanos, y que, como decía el mismo Cortázar, no gustó ni a derechas ni a izquierdas. A los de derechas porque era demasiado de izquierdas, y a los de izquierdas porque era demasiado lúdico, de ficción, «poco serio».

Julio, deslumbrado primero por la Revolución cubana y socialista convencido, tuvo el valor de poner en tela de juicio el trato que el nuevo régimen empezaba a dar a ciertos escritores críticos con el castrismo (el famoso caso Padilla), lo que constituyó la primera gran ruptura de los intelectuales europeos o afincados en Europa con el sueño de **Fidel Castro**, al revelarse los rasgos de totalitarismo presentes en el sistema.

Fue elegido para formar parte, entre 1974 y 1976, del Tribunal Russell II, un tribunal internacional sobre crímenes de guerra ocupado de la situación en los países de Latinoamérica. Apoyó, también, la Revolución sandinista en Nicaragua mientras, tanto a través de relatos como de artículos en la prensa, se constituía en portavoz de los oprimidos y de los pueblos sojuzgados por la violencia de las dictaduras.

Era un hombre muy alto, un poco desgarrado, que parecía envejecer mucho más lentamente que quienes lo rodeaban, más bien callado en reunión, pero gran aficionado a escribir cartas graciosas, naturales, simpáticas; un

escritor que quería «revivir» el lenguaje y que incluso inventó un idioma, el «glígligo», hecho de palabras inexistentes en español y que, sin embargo, por la magia de su montaje, somos capaces de comprender.

Es difícil hablar de un escritor muy amado, muy leído, sin caer en el panegírico. No quiero parecer exagerada, pero si está usted leyendo estas líneas y no conoce a Cortázar, déjeme decirle que le envidio profundamente. Porque lo tiene todo por descubrir, porque, si me hace caso y lee un cuento como «Casa tomada», o como «Las armas secretas», o como «Reunión con un círculo rojo», o como «Apocalipsis de Solentiname», o como «Lejana», le espera el deslumbramiento de la primera lectura. Y eso sólo sucede una vez.

Y para no prometer en vano, le dejo con uno de sus textos breves. Esta vez, como homenaje a la Semana Negra, un microtexto del género:

Cortésimo metraje

Automovilista en vacaciones recorre las montañas del centro de Francia, se aburre lejos de la ciudad y de la vida nocturna. Muchacha le hace el gesto usual del auto-stop, tímidamente pregunta si dirección Beaune o Tournus. En la carretera unas palabras, hermoso perfil moreno que pocas veces pleno rostro lacónicamente a las preguntas del que ahora, mirando los muslos desnudos contra el asiento rojo. Al término de un viraje el auto sale de la carretera y se pierde en lo más espeso. De reojo sintiendo cómo cruza las manos sobre la minifalda mientras el terror poco a poco. Bajo los árboles una profunda gruta vegetal donde se podrá, salta del auto, la otra portezuela y brutalmente por los hombros. La muchacha lo mira como si no, se deja bajar del auto sabiendo que en la soledad del bosque. Cuando la mano por la cintura para arrastrarla entre los árboles, pistola del bolso y a la sien. Después billetera, verifica bien llena, de paso roba el auto que abandonará algunos kilómetros más lejos sin dejar la menor impresión digital porque en este oficio no hay que descuidarse.

GA DE CORTÁZAR

ORFM AN

Por el contrario, Julio se tomó de la escalinata con ambas manos, sus largos brazos aferrados a la parte superior, sus pies todavía bajo la superficie del agua. Se quedó en esa posición un buen tiempo, cosa de un minuto, quizá dos. Yo atendía pacientemente a su lado, haciendo la bicicleta con mis piernas para que las olas no me llevaran, esperando que la escalinata estuviera libre.

De pronto, Julio se dio media vuelta hacia mí y me dijo, casi molesto, casi brusco: —Ayúdame, Ariel.

Por un instante, no entendí. No entendí lo que me estaba pidiendo. No entendí que alguien como él, como el gran Julio Cortázar, pudiera necesitar asistencia de tipo alguno para subirse a ese barco u otro barco o cualquier embarcación ahora o mañana o nunca.

Conspiraban en contra de mi entendimiento varios factores. Por una parte, el extraordinario aspecto juvenil de Cortázar —ese aire de eterno adolescente— disfracaba los años reales que su cuerpo había atravesado. Parecía un hombre de treinta y ocho años (mi edad entonces) y no alguien que estaba por cumplir los sesenta y seis.

Pero quizá más importante era la veneración que le tenía, el pedestal en que lo había colocado, pese a una hermandad y compañerismo que había crecido maravillosamente desde que nos habíamos conocido en 1970, cuando voló a Chile a celebrar la victoria de **Salvador Allende**. Cortázar no era un ser humano de carne y hueso. Era un dios. Y los dioses, nuestros ídolos, no necesitan ayuda. Los dioses no envejecen ni tienen debilidades ni son incapaces de vencer una estúpida escalinata de metal en el mar.

Pero claro que era de carne y claro que era de hueso mi querido, nuestro querido Julio. Lo supe apenas me puse a responder a su súplica, apenas empecé a ayudarlo a montar hacia el barco bamboleante. Lo hice de la única manera posible, afirmando una mano, como sostén y apoyo, en una de sus nalgas.

En ese brevísimo, muscular momento, tanteando en forma incómoda y torpe la dureza huesuda de la parte inferior de su pelvis con la palma de mi mano mientras él subía, se me reveló plenamente la mortalidad irrefutable de Julio Cortázar.

Ese cuerpo del que habían salido *Rayuela* y esos cuentos perfectos y alucinantes, podía morir.

Era inconcebible, pero despiadadamente cierto: Cortázar, a diferencia de su obra, a diferencia de *Oliveira* y *La Maga* y el axolotl y la isla al mediodía, no era inmune al paso terrible del tiempo.

No hicimos mención al incidente ni una vez, ni él ni

yo, como si reconocer su debilidad y mi incapacidad para comprenderla fuese algo extrañamente vergonzoso, un secreto que preferíamos mantener oculto, inexpressable, olvidado.

Pero no lo olvidé.

Ese encuentro con la perecedera nalga de Cortázar anticipó el día, ese 12 de febrero de 1984, cuando sonó el teléfono de nuestra casa en Bethesda, Maryland, y **Saúl Sosnowski** me avisó que Julio había fallecido. El desgarrero de esa noticia todavía me ronda, todavía me duele, treinta años más tarde. Si no hay consuelo para la muerte de aquellos que hemos de veras amado, no hay consuelo para la ausencia de alguien que me enseñó a vivir y a escribir y que le brindó a mí Angélica una amistad franca y sensitiva; si nos entristece que no esté entre nosotros un ser como él, que prodigó tanta felicidad a tantos seres humanos, lo que sí existe y persiste es mi agradecimiento por haber tenido el privilegio de compartir su vida entonces y ahora, y siempre, siempre, su obra literaria.

Le gustaba hacernos regalos.

Quiero pensar que, al pedir ayuda, allí, en el mar turbulento de Zihuatanejo, me estaba librando una última lección de tantas que me entregó. Se estaba despidiendo de mí y del mundo, me estaba aprestando para el día en que no contáramos con su presencia inmediata y urgente, el día en que nos quedaríamos sin su cerebro tan universal y ese corazón tan generoso y aquella nalga tan dura y efímera e imprescindible, nos estaba preparando —y te lo agradezco, Julio— para este momento en que todo es recuerdo, todo es inmortal.

LE FALTABAN 37 COMAS

ARGÜELLES

Borges y de filiación fantástica (es conocida su teoría de la esfericidad del cuento) tienen la perfección formal de alguien que es ya un maestro del género. Supo agradecer la lección borgiana: «Lo que me enseñó a mí y a toda nuestra generación fue la severidad, ser implacable con uno mismo y a no publicar nada que no estuviera muy bien cumplido literariamente», según confesó a **Evelyn Picon Garfield**. Y hay, sin embargo, una notable discrepancia entre esas ficciones y las del autor de *El Aleph*: las del primero, que Cortázar relaciona con «estados de distracción» en los que penetra «ese elemento otro», crecen desde el asidero de la realidad, mientras que al segundo le es suficiente el puro elemento intelectual.

Y fue capaz de ensanchar esos territorios de lo fantástico hacia lo que él mismo relacionó con un encuentro con el otro. Cortázar cuenta en *Clases de literatura* que el gozne de esa mutación en su escritura está en *El per-*

seguidor y en su protagonista, Johnny Carter, inspirado como se sabe por la figura del legendario saxofonista **Charlie Parker**. Publicado en 1959 e incluido en el libro *Las armas secretas*, Cortázar ha explicado reiteradamente que ese relato hizo posible la génesis de *Rayuela*, la novela que le situó en el más selecto grupo de escritores del llamado *boom* de la novela latinoamericana, al lado mismo de **García Márquez**, **Vargas Llosa**, **Fuentes**, **Onetti** o **Rulfo**, pero tan distinto a cada uno de ellos por su capacidad para incorporar a su mundo narrativo muchas de las aportaciones de las vanguardias europeas de entreguerras: desde el juego, hasta el humor o la experimentación. No olvidemos que Cortázar, del que conmemoramos el centenario de su nacimiento y los treinta de su muerte, vino al mundo cerca de Bruselas en 1914, el año en que estalló la Gran Guerra.

Al cultivo de esa veta tan lúdica y tan suya dedicó títulos tan afortunados y sin cortapisas como *Historias de cronopios y de famas*, *Un tal Lucas*, *La vuelta al día en ochenta mundos*, *Último round* o el cómic *Fantomas contra los vampiros multinacionales*. Y aún le dio una vuelta más a su literatura con una obra, *Libro de Manuel*, en la que acometió la difícil tarea de escribir una novela política desde las noticias mismas de una actualidad que en aquel tiempo, principios de los años sesenta, se em-

boscaba en el terror de las dictaduras del Cono Sur. A mi juicio no está entre lo mejor de Cortázar, aunque él habló de ese libro como el del paso del «tú» (el otro) que había hallado en *El perseguidor* y *Rayuela* al «nosotros», esa suma de las víctimas de la historia.

Uno vuelve a Cortázar —hay que admitirlo— como quien acude al concierto (y qué importante fue la música en su vida, él que amaba tanto las notas del pianista **Earl Hines** y las sonoridades melancólicas de **John Keats**) de un creador de primer nivel que nos sorprenderá siempre con algún hallazgo (un giro sintáctico, una metáfora, un latido...), aun cuando creíamos conocer a fondo sus recursos y variados talentos. Yo a eso le llamo magia. Y no todos los grandes escritores la poseen. Él mismo ha contado en alguna parte una anécdota que ilustra su manera de entender la literatura, que relacionaba, como ya he dicho, con el arte de hacer preguntas e inquietar «para abrir la inteligencia y la sensibilidad a nuestra perspectiva de lo real». Se sorprendía de que el corrector de estilo de una de las editoriales en las que publicaba le hubiera devuelto una página a la que había añadido 37 comas, nada menos. El texto corregido estaba bien puntuado desde la perspectiva del rigor académico pero había perdido el ritmo, la libertad de invención y la capacidad de sorpresa que hacen de la prosa de Cortázar una de las grandes y más gozosas aventuras de nuestro idioma. Te pueden faltar 37 comas y, sin embargo, escribir como los ángeles.



Cortázar, Cortázar

EL MUSEO DE MONSTRUOS Y DEMENTES del CAPITAN SPAULDING

JESÚS PALACIOS

CAZANDO EN LOS CAMPOS DEL SEÑOR

¿Han visto el bonito cuadro de Degas que preside la Carpa de los Encuentros en esta Semana Negra? ¡Cáspita, amigos, eso es pintar! Estoy negociando su compra, aunque esta gente de Gijón es dura de pelar, pero sería una pieza fundamental que añadir a mi Museo demencial y monstruoso. No por su calidad artística, Degas no es de mis favoritos, sino por motivos sentimentales. Es una estampa que me trae recuerdos de

aquellos buenos y viejos tiempos de las cacerías humanas... ¡Ay, las cosas que hemos visto y hecho, sí señor! Pero no crean que cazábamos solo indefensas y convenientemente desnudas señoritas. Si bien estaban entre las piezas más codiciadas, no teníamos prejuicios. Para nada. Cuando sonaba el cuerno de caza del amigo Sarban, ¡ahí nos lanzábamos todos a caballo, persiguiendo a nuestras presas humanas al galope! ¡Cómo olvidar la elegancia con el arco del Conde Zaroff, siempre magnánimo y dis-

puesto a dar una rápida muerte a sus piezas? No me atrevería a decir que superara en distinción al Divino Marqués, pero sin duda sí en deportividad.

No estoy de acuerdo con quienes creen que la caza humana es machista. De acuerdo en que la caza fue un ejercicio exclusivamente viril en su origen, cuando los cazadores proveían de carne a la tribu, pero en mis exploraciones pre-globalización, he conocido magníficos exponentes de este sano deporte pertenecientes al falazmente llamado sexo débil. En realidad, si se fijan en el lienzo, la figura más joven del trío de nobles cazadores, situada en último término y apuntando de perfil hacia sus víctimas, mientras tensa el arco para lanzar un nuevo dardo, resulta sospechosamente femenina o como poco andrógina. Pero si quieren conocer a mi cazadora favorita, la deliciosamente cruel Tala Mag, no dejen de leer sus hazañas en el relato *Novias frescas para la hija del diablo* —¡eso eran buenos títulos!— del gran Bruno Fisher, incluido en *Los hombres topo quieren tus ojos* (Valdemar). Se

lo recomiendo especialmente a editores poco sensibles hacia los encantos de la literatura *pulp*. En fin, quien no conozca la tremenda liberación (yo casi diría *deliverance*, ya saben) que supone una buena cacería humana, no sabe lo que es vivir. Claro que, la verdad, ha sido tradicionalmente un deporte elitista. Aristocrático, como bien refleja Degas. No todo el mundo podía ni debía permitírselo. Al fin y al cabo, era un ejercicio cinegético con ciertos fines sociales y eugenésicos, profundamente morales, que ayudaba a mantener el orden (el viejo orden, al menos). Por otro lado, también era sin duda una práctica bárbara, desterrada ya afortunadamente del mundo civilizado, pese a documentales sensacionalistas tipo *Hostel* y algunos psicópatas chapuceros como Robert Hansen, gracias a la sensibilidad democrática y humanitaria que caracteriza el siglo XXI, *ejem...* Vamos, que, en realidad, hoy todo es puro teatro.

Ahora, cuando los *reality shows* televisivos y de internet nos permiten asistir al detallado descuartizamiento personal, psicológico y moral de famosos y menos famosos, cazados por la cámara y voluntariamente expuestos como trofeos ante las pantallas

del mundo entero, el ejercicio físico, lleno de riesgo y emoción, del juego más peligroso ha perdido su sentido. Se ha democratizado. Sustituyendo el arco y la flecha, la lanza o el rifle por una tecla de ordenador o de teléfono móvil, Twitter, Facebook, YouTube o el *Whatsapp* nos han convertido a todos en los sádicos —y masoquistas— cazadores y cazados del nuevo milenio. Sin sangre, sin heridas visibles... pero igualmente capaces de llevar a la muerte a nuestras víctimas o perecer a manos de nuestros acosadores. Y no siempre virtualmente. Sea como sea, aunque al contemplar el lienzo de Degas o ver una vieja película de Jess Franco como *Tender Flesh*, sienta cierta nostalgia por mis hazañas cinegéticas de antaño, como el hombre demócrata, moral, humanitario, liberal y progresista que soy, no puedo sino alegrarme de la erradicación total de estas prácticas salvajes, falologocéntricas, fascistas, clasistas, imperialistas, etcétera. Sólo son un trofeo para mi Museo. Aunque, amigos, si alguno siente curiosidad por *la cosa de verdad en sí*, quizá, por una módica cantidad en efectivo yo podría organizar... Pero bueno, eso, mejor lo hablamos en privado, ¡ha, ha, ha!



LÍNEA DE FLOTACIÓN

JAVIER CAYADO VALDÉS

REFLEXIONES LIBÉRRIMAS DE UN SETO CULTURETA, POLEMISTA, PODEMISTA Y ASTURTZALE / 4

Lo que no conocemos y apenas sospechamos, que decía Rubén Darío, es el culmen de la estupidez humana, representada ésta en cualquiera de sus formas.

Sorprenderá al lector este exabrupto inicial, este arranque en cuarta tan chirrión como la palabra «renovación» en la calle Ferraz de Madrid o la palabra «dictadura» en los revocatorios de la Venezuela de Chávez. También a mí me sorprende que alguien pueda vender los préstamos de entidades financieras a estudiantes como un avance con respecto a las becas, pero si me cago en su puta madre me detienen los grises de azul, cosas que pasan.

Estábame yo que me estaba con lo de la estupidez humana a cuento de que un día de estos llegó a mi in-

signe masa cerebral, destruida por escarceos (en la acepción primera, segunda y cuarta del DRAE) callejeros, drogas verdiblandas y chusma destilada, una información y un recuerdo.

La información, de cuyo nombre no puedo acordarme porque no solo en Cuba hay que pensarse lo que se va a decir, me hizo recordar lo siguiente: corría el año mil novecientos tiquitidós. Los alemanes nos habían robado el número 20 y yo andaba, como buen expolicia corrupto, olisqueando lo que nadie me mandaba cuando ante mis globos oculares apareció una suerte de artículo sobre el supuesto racismo que determinado sector de la población asturiana profesaría hacia los andaluces.

Inmediatamente me quité la chaqueta, el jersey, la camisa y la camiseta interior (*esto ye Asturias*, hace frío), y tras unos momentos de erección causada por la contemplación de mi atlético cuerpo en el espejo decidí borrarle aquella sonrisilla tontorrón de la cara y arrojarle a gladiar en el denso barrizal de las redes sociales (que por algo se llaman redes).

Informé y me informaron. Hace poco alguien me comentó que lo poco informa y lo mucho cansa, pero yo soy más de la opinión de que lo poco informa y lo mucho repercute, y como sobra información, errónea y manipulada casi toda, acabó repercutiendo en mí la reflexión de un compañero que dijo algo así como: «no supimos transmitir la importancia de

mantener viva la lengua asturiana, máxima representación de nuestra cultura. Eso es culpa nuestra».

Estudí la frase con cuidado, caminé sobre ella con tacto, como si fuese una mina antipersona, acostumbrado como estoy a escuchar palabras desde el neoliberalismo que suenan bien pero te dejan sordo y sin oír. Escribí la frase a suicio, con un lápiz, para sentir su tacto, la limpié, llegué incluso a triturársela entre el gazpacho a un andaluz a ver si se moría. Salió ayer del coma, el cabrón.

El autor de la frase no es un neoliberal, no tenía intenciones oscuras con ella, pero somos estúpidos y estamos manipulados.

Que la Semana Negra no la puede ver ni en pintura gran parte de Xixón lo saben, como diría Eduardo Inda, hasta los niños de teta.

Conozco algunos casos de semanofobia y por mi experiencia, que lógicamente no tiene por qué ser representativa, saco la conclusión de que es gente que no va a morirse por un ataque de razonamiento. Pero siempre hay un pero, compañero. Es obvio que la Semana Negra no consiguió llegar a parte del público de la ciudad que la alberga, por la razón que sea, y lo que es peor, parte de la gente a la que había llegado se está haciendo la del agua en ebullición y le están retirando su apoyo a la Semana.

Anteriormente decía que somos estúpidos y estamos manipulados. La responsabilidad de que se aniquile una cultura no puede recaer en los costados de personas que la están defendiendo de manera altruista, los lomos de las instituciones tienen que soportar ese peso, que para eso están. La culpa no es de que yo o él no sepamos llegar a las personas, claro que sería mejor llegarles y claro que debemos ser autocríticos y aceptar nuestra parte de responsabilidad, pero el culpable real es otro.

Cuando se critica a la Semana, ésta responde sin responder, no hay mayor desprecio que no hacer aprecio, o con datos y razón pues aún recordará qué es la izquierda. Si llega el día en que hasta los organizadores reniegan de este festival la culpa del caos puede llegar a ser que llevábamos el chaleco sucio y da mala imagen, porque el mundo funciona así, y cuando los escupitajos no pueden apagar las chispas la yesca enciende, da la razón a Rubén Darío (ocurre lo insospechado), se condena a los de abajo, se justifica a los de arriba y se dice: la culpa es de todos, todos tuvimos nuestra responsabilidad, y hay que reconocer que hemos vivido por encima de nuestras posibilidades. Y como algunos somos muy de La Polla Records, mientras todos los estúpidos y manipulados digan amén nosotros diremos mierda.

espacio

A QUEMARROPA

Por Christian Bartsch



Carlos Salem, Manuel Barea y Javier Manzano.

Admitámoslo: nos gusta el crimen. Disfrutamos presenciando los asesinatos más escabrosos, acompañando a los detectives en sus investigaciones, dejándonos salpicar por el sudor y la sangre en alguna sucia pelea en los bajos fondos, intrigando con políticos y banqueros en las altas esferas del poder... Nos encanta disfrutar con la prosa de nuestros escritores favoritos y regodearnos con la parte más oscura (y tal vez por ello más atrayente) del ser humano. Sin embargo, cuando lo hacemos, raramente nos paramos a pensar en que las líneas que leemos en los libros son un reflejo de la realidad (¿si ni siquiera nos damos cuenta cuando hojeamos el periódico!). Luego viene la reflexión, la constatación de que no hace falta irse muy lejos para toparse con cualquier chorizo, ladrón o, incluso, asesino. En la Semana Negra, como bien dijo ayer **José Manuel Estébanez** en la carpa del Espacio A Quemarropa (EAQ), solemos hablar y disfrutar con la ficción criminal, pero no descuidamos la realidad criminal, por desasosegante que ésta sea. Y bien patente lo dejó **Ricardo Magaz** en la primera de las presentaciones de la tarde.

Acompañado por el mencionado Estébanez y por **Rafael González**, el policía y escritor leonés presentó su último libro: *Narcotráfico y drogas de abuso*. El autor contextualizó este tema en el ámbito de la delincuencia internacional que nos rodea. «Las multina-

cionales del crimen se están reinventando. Siempre van por delante de la ley y de las fuerzas policiales», admitió Magaz con pesar. Algunas de las últimas «importaciones» de esta particular industria en España son los sicarios y los secuestros exprés, grandes aportaciones para los criminales patrios, tan faltos de ideas nuevas con las que atemorizar al personal. Pero lo que ocurre en este país es de traca: en vez de dotar a quienes tienen que combatir estos crímenes de las herramientas necesarias para hacerlo, preferimos que miren para otro lado. «Con la ley de Justicia Universal, el Gobierno ha metido la pata», afirmó Magaz. «Es una Ley mal calibrada, que ha tenido unos efectos muy nocivos, sobre todo en el tema del narcotráfico». Mucho más cuando España es un punto estratégico para este negocio: 8.000 km de costa, dos archipiélagos, relación con Latinoamérica, paraísos fiscales de Gibraltar y Andorra, el turismo como primera industria nacional... Vaya, un chollo. ¿La legalización podría ser una solución? Magaz admitió que le cuesta pronunciarse con claridad, pero sí tiene claro que «no se puede evitar el dolor de la vida consumiendo drogas». La vida, ya se sabe, hay que vivirla.

A continuación tomó la mesa el periodista **Juan Soto Ivars**, Premio Ateneo Joven de Sevilla con su novela *Ajedrez para un detective novato*, «una novela negra bruta y pura», tal y como

la calificó José Manuel Estébanez, que, como ven, no se movió de su asiento. «En los últimos años la realidad es bastante surrealista. La sección de humor ha contagiado a todas las secciones del periódico», comentó Ivars, que en su libro ha querido reflejar su propia visión sobre la España de hoy en día. El periodista, que confesó haber trabajado en ocasiones como negro literario, al igual que el protagonista de su novela, hizo un elogio de esta figura. «El trabajo como negro literario es la mejor escuela que hay. Yo lo recomendaría para todo aquel que tenga ocasión de serlo, porque se gana dinero y los errores del texto se los traga otro». ¿Un nicho de empleo por explorar? Mmmmm. Pero sigamos. En su libro, Ivars nos presenta a un «superdetective» de cuestionables valores que, para pasmo del personal, está basado en **Luis Bárcenas**. «Creo que Bárcenas tiene que ser un tío muy divertido», intentó justificarse Ivars, que se imagina al ex tesorero del PP partiéndose la caja en el trullo. Este persona-



Rafael González, Ricardo Magaz y José Manuel Estébanez.

je funciona en la novela como el maestro del protagonista, una figura, la del maestro, que el autor confesó haber echado de menos en su formación como periodista. Ambos protagonizan una obra que no es tanto una novela negra como una sátira del género, algo que Ivars achaca a que «nuestra generación no sabe de nada pero se ríe de todo para ocultar que no sabe de nada». Uno, que comparte profesión y años con Ivars, lo puede confirmar.

Norman Fernández tomó a continuación el asiento del moderador y ejerció como maestro de ceremonias de la presentación de *Beya*, novela gráfica de **Gabriela Cabezón Cámara** e **Iñaki Echeverría**. La obra nació como un encargo de **Cristina Fallarás**, consistente en versionar un cuento clásico que, en este caso, es *La bella durmiente*. Gabriela Cabezón convirtió a la somnolienta protagonista del relato en una víctima de la trata de mujeres; una historia brutal, por triste y por real. «Es un libro horrible», tal y como afirmó Echeverría, creador de los dibujos que acompaña los textos de Gabriela, escritos en segunda persona y en octosílabos, sin concesiones de cara a la galería. *Beya* invita a la reflexión sobre la

prostitución y sus responsables: los que se van de putas, sí, pero también las fuerzas del orden que consienten este tráfico, los gobiernos que miran para otro lado e incluso los medios de comunicación que publicitan el negocio. En definitiva, «se trata de una obra horrible y bella, de las que más me han sorprendido desde que leo cómics», concluyó Norman Fernández. Tomen nota.

E-King es el curioso título de la novela que fue presentada acto seguido en la carpa del EAQ, una obra de **Javier Díez Carmona** que fue presentada por **Paco Gómez Escribano**. «Es una novela muy clásica, con una estructura clásica y un escenario clásico: Barcelona y el barrio de El Raval», comentó el autor sobre un libro que arranca con la desaparición de una ama de casa cuyo marido, que cuenta con una orden de alejamiento, es el primer sospechoso. Una pareja de mossos d'esquadra se encarga de la investigación. La pareja está formada por una policía con experiencia en casos de violencia de género, convencida de que el culpable es el marido, y él un joven más intuitivo que busca otras posibles explicaciones, en parte como una vía para pasar una página oscura de su pasado familiar. Se trata de una novela corta, de rápida y fácil lectura, que aborda muchos temas de interés y actualidad, desde la violencia de género a las redes sociales, pasando por las relaciones familiares, la adolescencia, etcétera. De la calidad del libro valga decir que fue finalista del Premio Dulce Chacón. En conversación con el público, Carmona lamentó la situación que viven tantos escritores que no ganan lo suficiente para dedicarse a la escritura como profesión. «Aquí también se han cerrado astilleros y minas. Es injusto, pero esto se da», apuntó.

zano ejercieron como maestros de ceremonias en la presentación de *Vertedero*, obra de **Manuel Barea**, ganadora del I Premio Novela Negra de la Diputación de Valencia. Los dos presentadores coincidieron a la hora de romper todos los cánones de este tipo de presentaciones. Sin ningún recato, osaron contar el final de la novela, que termina con la palabra «mierda». Se lo perdonaremos, pero que no cunda el ejemplo. Barea explicó que la historia está basada en una noticia real sobre una redada policial en la costa de Cádiz, en la que los vecinos de la zona hicieron huir a los agentes que se iban a incautar el alijo, con el fin de hacerse con la droga, poder venderla y así ganarse unos euros. A partir de este hecho, el autor sevillano teje una historia sobre un grupo de delincuentes y la venganza de uno de ellos, el protagonista, sobre sus compañeros. Una historia de perdedores, descrita desde el punto de vista de esos mismos perdedores. Y escrita sólo en cuatro meses. «Cuando la escribía notaba que me estaba costando; pero eso era precisamente lo que buscaba, porque si cuando escribo me aburro, nada tiene sentido». Dado el resultado, parece que sí lo tenía.

Acostumbrado a las maratónicas jornadas que suelen tener lugar en esta carpa, me sorprendí cuando **Servando Rocha** y **Pedro Pablo Bazán** ocuparon la mesa y se dispusieron a dar comienzo a la última presentación de la jornada. El primero de ellos vino con su última obra bajo el brazo, con el prometedor título de *Nada es verdad, todo está permitido*. No, no es la libertina frase que los lectores de mirada sucia están interpretando, sino que su origen es bastante más siniestro. Era la frase que la secta de los asesinos que lideraba **Hasan-i Sabbah**, el Viejo de la Montaña, pronunciaba antes de lanzarse a acuchillar al que se les ponía por delante. O no, porque si algo dejó claro ayer Servando Rocha es que todo lo que se cuenta de este grupo bien pudo no haber ocurrido nunca. El hecho es que la apasionante historia/leyenda de los asesinos es uno de los ejes en torno a los que gira *Nada es verdad*, un ensayo hilvanado por Rocha a partir de cuatro fotografías cuya conexión se hizo evidente al autor como una revelación y que le sirvieron para presentar su particular interpretación de la historia del siglo XX. **Kurt Cobain** y **William Burroughs** son otras dos de las patas que sustentan esta obra, con especial mención al encuentro que los unió una tarde de octubre de 1993. El escritor canario los invoca en su ensayo con un objetivo inquietante: «que los muertos del pasado paseen por el presente de los vivos». En realidad, no se trata más que de recuperar nuestra propia historia, la menos conocida, la escondida bajo los efectos del hachís, la heroína y el LSD. Cualquiera se fía.

Y Rocha tenía mecha para aguantar tres horas más, pero había llegado el momento de cerrar la carpa de este EAQ. Así que pude aprovechar para perderme entre puestos de comida, bares y, sobre todo, libros. Qué hermosa mezcla. La Semana Negra, ya saben.



Juan Soto Ivars y José Manuel Estébanez.



Gabriela Cabezón Cámara, Iñaki Echeverría y Norman Fernández.

PROGRAMA
MARTES 8

- 11.00** Inicio de la distribución gratuita del número 5 de *A Quemarropa*.
- 17.00** **Apertura del recinto de la SN:** Feria del Libro. Mercadillo interétnico. Música en el recinto. Terrazas. Atracciones de feria.
- Apertura de **exposiciones:**
- JOSÉ MUÑOZ (carpa de Exposiciones).
 - MUNDOS DEL TRABAJO (carpa del Encuentro).
 - VOY A LA ESCUELA (calle Palafox).
 - FOTO Y PERIODISMO.
- 17.30** (Carpa del Encuentro-CdE) Mesa redonda: *Hoy Latinoamérica se escribe en negro*. Con Fernando López, Horacio Convertini, Juan Sasturain, Rubén Varona, Gabriela Cabezón Cámara, Mercedes Rosende. Modera Ernesto Mallo.
- 17.30** (Espacio A Quemarropa-EAQ) Presentación de *Jack Kirby, el cuarto demiurgo*, de José Manuel Uría. Con Alejandro Caveda.
- 17.30** (Carpa Biblioasturias.com-CB) Cuentacuentos. Con Merche Medina.
- 18.00** (EAQ) Presentación de *Yonqui*, de Paco Gómez Escribano. Con Sergio Vera.
- 18.00** (CB) Encuentro con los lectores: Ignacio del Valle.
- 18.30** (CdE) Presentación de *Yo fui Jhonny Thunders*, de **Carlos Zanón**. Con Carlos Salem.
- 18.30** (EAQ) Presentación de *El oro de los jíbaros*, de **Juan Bolea**. Con Laura Sandoval.
- 18.45** (CB) Presentación de *Justos por pecadores*, de Manuel Abad. Con Jesús Palacios.
- 19.00** (CdE) Un encuentro con **Maurizio de Giovanni**. Conducen Fran Sánchez y José Manuel Estébanez.
- 19.15** (EAQ) Presentación de *Breccia el viejo*, de **Juan Sasturain**. Con Norman Fernández y Ángel de la Calle.
- 19.15** (CB) Presentación de *Bifrost*, de Rodolfo Martínez. Con Carmen Moreno y Elia Barceló.
- 19.45** (CdE) Presentación de *Hotel Paradiso*, de **Ramón Pernas**. Con Juan Bolea.
- 19.45** (EAQ) Presentación de *Limbo*, de **Agustín Fernández Mallo**. Con Miguel Barrero.
- 19.45** (CB) Charla de Servando Rocha: *Las utopías nacen en el vientre de la ballena blanca*.
- 20.15** (CdE) Presentación de *En cualquier caso ningún remordimiento*, de **Pino Cacucci**. Con Paco Taibo II y Luis Sepúlveda.
- 20.15** (EAQ) Presentación de *Un camino a través del infierno*, de Pedro Javier Hernández Velázquez. Con Paco Gómez Escribano.
- 20.15** (CB) Presentación de *El sastre de las sombras*, de Rubén Varona. Con José Manuel Estébanez.
- 20.45** (CdE) Presentación de *Te quiero porque me das de comer*, de David Llorente. Con Marcelo Luján.
- 20.45** (EAQ) Hablando con Mercedes Rosende. Conduce Ernesto Mallo.
- 20.45** (CB) *Polar hoy*. Sébastien Rutés habla de la novela negra actual en Francia.
- 22.30** Concierto en el Escenario Central:
Hamlet



LA LUCHA CONTINUA

EL DIRECTOR DE AQ RECOMIENDA

Fe de erratas. Nos pide **Juan Carlos Monedero** que corriamos lo que dijimos de su charla-mitin de hace dos días: a lo que el número 2 de Podemos animaba al respetable no era a poner en marcha una segunda Transición, sino una primera Ruptura. Corregido queda.

Más. Me dice **Ángel de la Calle**, director emérito de este *periodiquín*, que afirma el director emérito de este festival, recién leída mi columna de ayer, que la lengua asturiana no fue nunca lengua proletaria; que nuestro proletariado lo formaban gentes de toda España venidas a estos pagos a trabajar en sus minas, fábricas y astilleros, auténticos «rompeolas de todas las Españas». Bien. Sostengo humildemente que eso es sólo cierto en parte: hubo, qué duda cabe, trabajadores de todas partes en estas tierras, pero también los hubo asturianos asturoparlantes. Sirva como ejemplo la propia familia de este director, hijo y nieto de asturianos proletarios, todos los cuales hablaban, y hablan, asturiano. Afirmando, asimismo, que yo dije que el asturiano es lengua de proletarios, no que lo sea de todos los proletarios. Tal vez haya ocasión de discutirlo con **Taibo** en su presentación de *Asturias 1934*, obra monumental acerca de nuestro Octubre que PIT acaba de reeditar.

Más. Quiero declarar mi más rendida admiración hacia **Óscar**, nuestro traductor de inglés. He ido a algunas conferencias con más interés en verle trabajar que en el autor invitado; en contemplar fascinado cómo toma cuatro notitas con las cuales es capaz de reproducir intervenciones larguísimo con una exactitud absoluta, palabra por palabra, coma por coma, susurrando más tarde al oído del autor las preguntas en español en traducción simultánea. Chapó. Qué gusto es para este festival poder dar trabajo a semejantes profesionales, en estos tiempos de mierda en los que tantas eminencias malgastan su talento en empleos no cualificados.

Más. **Maurizio de Giovanni**. Les recomiendo que vayan al encuentro con este escritor italiano que tendrá lugar a las 19:00 en la Carpa del Encuentro. **Fran Sánchez**, que presenta la charla por propia iniciativa, está entusiasmado con su atípica obra, que protagoniza, en el Nápoles fascista de la década de los treinta, un comisario dotado de un poder paranormal: es capaz de escuchar las últimas palabras de los muertos cuyos asesinatos investiga. Dice, además, que están muy bien escritos. No dejen de echarles un ojo.

Más. Uhm... No, creo que nada más. Ya saben: esto es la Semana Negra, y continúa.



AVISO RECORDATORIO

DIEZ AÑOS.
730 MUJERES ASESINADAS.
ELLAS NO PUEDEN ESTAR AQUÍ.

TRAE UNOS ZAPATOS A LOS CONTENEDORES FRENTE A LA CARPA DEL ENCUENTRO

MÁS TARDE EN LA CARPA DEL ENCUENTRO

- 23:00 h.** Noche Flamenca:
- EMILIO DE BENITO
 - TRÍO FLAMENCO PIRATA
 - SUSANA CARRIÓN